

1037

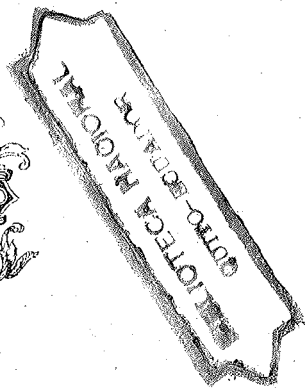
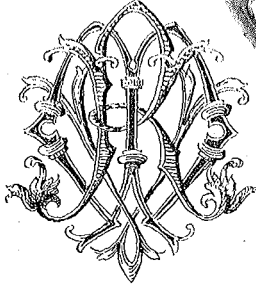
E-92-
REND

1.6

VÍCTOR M. RENDÓN

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA
ACADEMIA ESPAÑOLA

Clemente Ballén



ANGEL DE SAN MARTIN
Librero-Editor
PUERTA DEL SOL, 6. MADRID

Para la Biblioteca Nacional de Quito,

el autor
Paris, 1577/916
63. Avenue de Villiers

CLEMENTE BALLÉN

DEL MISMO AUTOR

NOTES DE MON CARNET, crónicas. Un volumen.

AMADA, poema en francés. Un volumen.

HÉROS DES ANDES, poesías francesas. Un volumen.

OLMEDO (José Joaquín de) homme d'Etat et poète américain, biographie et traduction de ses poèmes en vers français. Un volumen en 8.º

FLAMMES ET CENDRES, poesías. Un volumen.

TELEFONEMAS, poesías. Un volumen.

LA ROSE, traducción francesa de La Rosa del Jardinero, poesía de los señores S. y J. Alvarez Quintero.

TELEPATÍAS, poesías. Un volumen.

EN PREPARACIÓN

ECOS Y RUMORES, artículos en prosa. Un volumen.

VELADAS Y ALBORADAS, cuentos de Delfín de las Peñas, publicados en *Hojas Selectas*. Un volumen.

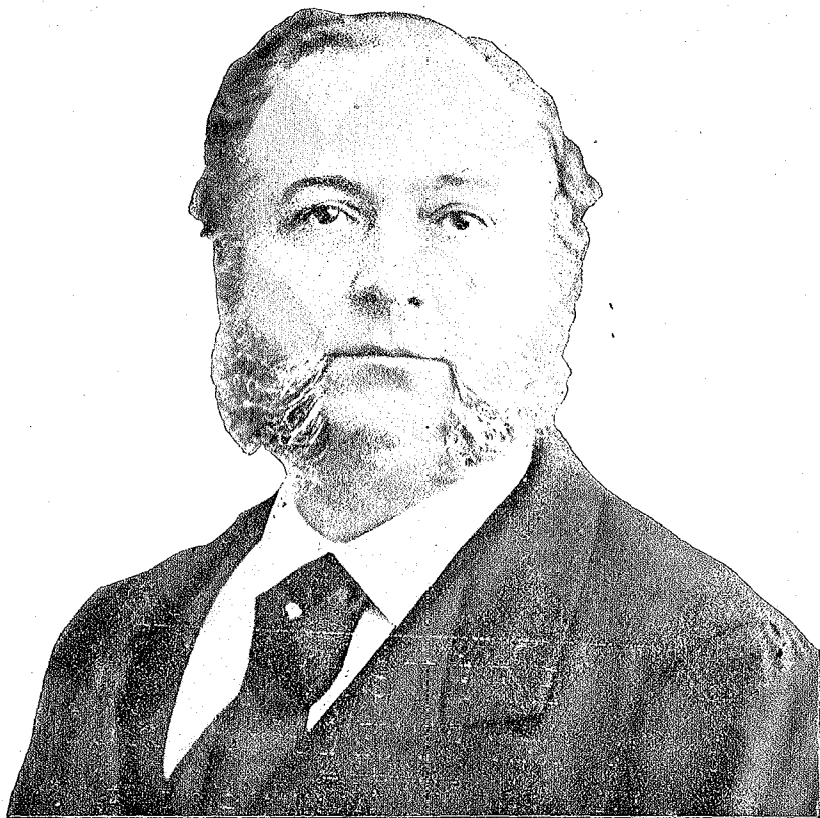
LORENZO CILDA, novela ecuatoriana en francés y en castellano. Un volumen.

CHARITO, poema.

MADRINAS DE GUERRA, sainete en un acto y en prosa.

LES REVENANT, pièce en un acte en vers français.

Es propiedad. —Queda hecho el depósito que marca la ley.



D. CLEMENTE BALLÉN

En este fotograbado se nota aún la contraseña que la Administración francesa puso en la fotografía más parecida que ha podido lograrse del Sr. D. Clemente Ballén, Comisario General del Ecuador en aquel Certamen internacional.



CLEMENTE BALLÉN

—¡Cómo no he de idolatrar, de preferir a Clemente que siempre fué el más tierno y abnegado de mis hijos, un verdadero padre de sus hermanas, nuestra providencia! Él es mi dicha, mi orgullo y mi consuelo. Lo que yo haga por él, por su hija educándola a mi lado ¡qué significa! ¡Qué puede valer comparado con los sacrificios que él se impuso y sigue imponiéndose por mí! Al declarar estos sentimientos de mi alma y corazón me parece que de algún modo, aunque débilmente, corresponden mi cariño y gratitud a la piedad filial de toda su vida.

Estas elocuentes palabras, que quedaron grabadas en mi cerebro de niño cuando rayaba en los quince años, las oí, una tarde de Agosto de 1875, de la boca de una señora cuyas facciones conservaban, a pesar de sesenta y dos inviernos, los rastros de la belleza, como toda ella el sello de la distinción que imprimen la raza y la educación. Su voz suave y tierna, que conmovía, era la de un corazón que, dichoso, se desahoga en el seno de la amistad, ansiando convencer de lo mucho que valía aquel Clemente al que ensalzaba con legítimo orgullo, al que profesaba indecible ternura. Y, por largo tiempo, continuó hablando y diciendo los méritos y servicios de su hijo predilecto hasta contar el último rasgo de su amor filial, el de haber hecho venir del Ecuador a una de sus hermanas, madre de tres hijas, y asignándole una mensualidad para

que pudiese vivir en París y se había impuesto esa nueva y pesada obligación, que sus rentas apenas se lo permitían, para que su madre no suspirase por ver a esa hija, la única que aun no estaba a su lado.

Los conceptos que, impresionado, escuchaba yo de los labios de esa venerable anciana, digna a todo punto de vista del nombre de *matrona* con que en América solemos designar a la madre de familia distinguida que es dechado de virtudes, fueron, quizás, como buena semilla en campo fértil, una lección impremeditada que recibí, el más alto ejemplo de piedad filial que pudiera dárseme para despertar en mi alma el puro anhelo de merecer algún día igual elogio, tan envidiable testimonio de amor de mi idolatrada madre. No podía ni soñar entonces que la hora sonaría en que la noble figura de aquel compatriota mío se alzaría ante mis ojos a cada paso en mi camino porque su grato recuerdo me serviría de norma en el desempeño de los cargos con que inmerecidamente fui honrado por mi patria, cargos que él ejerció con relevantes prendas y general aplauso.

Bajábamos en coche, mis padres y yo con dicha dama, —su nombre era Doña Jesús Millán de Ballén,—de las alturas del delicioso bosque de Montmorency hacia el pintoresco lago de Enghien, a cuya orilla veraneábamos y, desde el momento en que escuché la tierna confidencia de ese corazón de madre, trocose en viva admiración la simpatía que me inspiraba aquel buen amigo de mi casa, siempre conmigo afectuoso, ese Clemente, revelado con un aspecto nuevo, como un modelo de hijos. Aprendí así, no sólo a quererle, también a estimarle, cariño y estimación que vigorizaron los años, a medida que se despejaba mi inteligencia y que, conociéndolo más íntimamente, juzgaba sus acciones con mi propio criterio y era favorecido por su amistad con atenciones y servicios que nunca olvidaré.

No es mi propósito escribir aquí la biografía de ese hijo ejemplar, de ese ilustre ecuatoriano que se llamó D. Clemente Ballén, querido y apreciado durante su vida, llorado a su muerte, por cuantos tuvieron la fortuna de conocerle y tratarle, especialmente por sus paisanos, y que honraba a su patria sirviéndola en París. Sería

necesario una pluma más ejercitada para llevar a buen término la empresa de narrar la historia de una vida consagrada al trabajo, noble y sencilla, en la que si no se desarrollaron acontecimientos de aquellos que la fama pregona al mundo, que excitan el entusiasmo de un pueblo o desatan las pasiones, abundan los rasgos de grandeza de alma, de bondad inalterable y sincera modestia, vida que puede resumirse en estas palabras: desinteresado patriotismo, honrada laboriosidad, sacrificio diario a su familia.

Mi único deseo es el de tributar, en este breve bosquejo de nuestras amistosas relaciones, un homenaje, aunque débil, a su memoria.

Hacia tres años que D. Clemente Ballén había venido de Guayaquil, lugar de su cuna, a fijar su residencia en París cuando, en 1872, lo ví, no quizás por la primera vez, pero sí en la primera ocasión cuyo recuerdo conserva intacto mi memoria, en una visita que hizo a mis padres recién llegados de América, con quienes él y su familia cultivaban leal y antigua amistad. Apenas lo alcanzaron a ver mis ojos, sin que nadie me dijera su nombre, adiviné quien era por el parecido muy marcado que existía entre él y su hermano don Leonidas, mi padrino, al que en meses anteriores, tuve el placer de hallar en Lima y cuya agudeza de ingenio y exquisita afabilidad fueron también, como en D. Clemente, proverbiales.

A primera vista, D. Clemente Ballén resultaba simpático. El corte de la barba le daba cierto aire de magistrado o de notario parisiense. Era lo que los franceses llaman un *bel homme*, un hombre guapo. De alta estatura, su corpulencia conservaba, con la armoniosa proporción de las líneas, la distinción del caballero de elevada posición social; su rostro ovalado cuya tez, lejos de revelar a un hijo del trópico, podía por la blancura, rivalizar con la de un anglo-sajón, lucía cortas patillas negras en las que ya brillaban algunas hebras de plata, como en los cabellos, negros también, que rizaban naturalmente y, separados por la raya del lado izquierdo, disimulan aún la incipiente calvicie, quedando descubierta la ancha frente característica del ser inteligente. Se hacía afeitar los bigotes y parte de las mejillas sin permitir que el barbero le enjabonara la cara y sólo humedecida se le rapaba, según la costumbre alemana, por lo que sin duda conservó tan frescas las facciones

hasta el fin de su vida. En la boca mediana, de blanca dentadura, de labios delgados, que nunca vi abrirse para una palabra descomedida o malévola, se dibujaba con frecuencia la sonrisa apacible, reflejando su buen humor constante, a pesar de las grandes contrariedades y serias preocupaciones que, en repetidas ocasiones, amargaron su existencia, y de la afección crónica que padecía, el asma, cuyos ataques, enfermándole el corazón, lo llevaron a la tumba. La nariz aguileña medía las justas proporciones para acentuar la distinción de su fisonomía sin parecer demasiado grande. Risueños eran los grandes ojos negros, cuyas miradas francas, espejo de un alma honrada y bondadosa, al par que de una inteligencia privilegiada, inspiraban absoluta confianza en su lealtad, en su hidalguía.

Su conversación amena cautivaba y en ella, sin pedantería, hacía gala de sólida instrucción, de sorprendente memoria, abundando los recuerdos patrios, los dichos picantes. La sal de sus apreciaciones políticas, la malicia de sus inagotables anécdotas no podían, sin embargo, herir la susceptibilidad de nadie.

Gustaba el Sr. Ballén de charlar y de escribir cartas esmaltadas,—aún las de carácter oficial,—con las brillantes flores de su agudo ingenio, de rodearse de amigos con quienes recordar las orillas del Guayas, a quienes servir y que no desperdiciaban ninguna ocasión de importunarle, de robarle el tiempo siempre escaso para sus urgentes ocupaciones diarias. Usaban y abusaban todos de su amabilidad indulgente como si él fuese el guía indispensable y hasta el intérprete obligado de cualquier compatriota recién llegado a París, el segundo padre de los jóvenes enviados por sus familias a estudiar en la renombrada capital, el único consejero sagaz en arriesgados lances, el paño de lágrimas en penas y percances, el supremo consuelo en ruinas y desdichas. ¿Cómo no lo habían de importunar a cada instante amigos y paisanos? Estos sabían qué provechoso, viniendo de él, resultaba el consejo, rápido el auxilio, eficaz el bálsamo y, a toda prueba, cuán inagotable era su paciencia, abnegado su concurso.

De su voz pausada sonaba agradable el timbre, de su cerebro brotaba claro el pensamiento, Sus ademanes tranquilos y acompa-

sados, sin que asomara en ellos ni afectación ni orgullo, el lento andar, ponían de manifiesto su ponderado juicio y vida metódica, igual que sus finos modales la urbanidad y cortesía de un cumplido caballero. Obsequioso con las damas, su galantería era discreta, de buen tono, algo tímida. Prefería parecer desconcertado por una réplica de mal gusto, pasar por candoroso, reirse, a sostener agriamente una opinión sincera y justa. La modestia realzaba el mérito de sus buenas acciones.

Vestía con sobria elegancia, usando levita negra y ciñendo el cuello volteado de la camisa con corbatas de colores oscuros en las que prendía una hermosa perla.

En los últimos años de su vida ya no fumaba; pero, como si, en medio de continuas preocupaciones y abrumadores quehaceres, acosado por gente importuna, se acostumbrara a poner en práctica el consejo: a mal dar, tomar tabaco, no dejaba de sorber rapé de una tabaquera de carey, motivo por el cual gastaba pañuelos de respetables dimensiones.

Entre sus más apreciables cualidades revelaba una que sólo espíritus superficiales o almas egoístas pudieran calificar de flaqueza del corazón y esa fué su extremada sensibilidad que, hija de su ingénita bondad, le obligó a tolerar a menudo inauditos asaltos á su bolsillo. Su corazón, noble y generoso, no sabía rehusar el servicio que se le pedía con súplicas y lágrimas, ni cerrar su cartera a los que no se cansaban así de solicitar su auxilio pecuniario. Las cuantiosas sumas de dinero, que ganaba con perseverante y activa labor y con detrimento de su salud, pasaban en gran parte a manos ajenas, no sólo para servir las mensualidades con que espontáneamente favorecía a varios miembros de su familia, también para cancelar más de un pagaré que él no había suscrito, salvar á deudos de fracasados negocios, impedir que estallara un escándalo o se muriera de hambre algún compatriota, como Juan Montalvo, al que tantas veces socorrió, no menos que ese gran soñador, alma de poeta y consecuente amigo, que se llamó el Dr. Agustín Yerovi, y como más de un miembro de la familia Seminario. Fabulosas son las cantidades que le costó su filantropía. No extraña así que, a su muerte, él, que pudo acopiar una gran fortuna, sólo dejara un

capital de trescientos mil francos, exactamente igual al que poseía cuando llegó de América.

Varón sin vicios, de gustos sencillos, que vivió sin ostentación ni boato en sucesivos pisos modestamente alhajados de la calle Lafayette, del Boulevard Haussmann y la Avenue Mac Mahon, que iba por las calles de París en coche de punto y, a pesar de su fácil y discreta elocución, de lo solicitada que era su presencia en los salones de la sociedad hispano-americana, concurría rara vez a reuniones mundanas por no distraerse de sus obligaciones, pero no dejando nunca de devolver una visita, de acudir a saludar al paisano que llegaba del Nuevo Continente y a presentar sus parabienes en el hogar donde se celebraba un fausto acontecimiento o sus condolencias al amigo que lamentaba una desgracia, D. Clemente Ballén no desembolsó sumas importantes en beneficio propio y llevó en París la misma existencia tranquila de burgués casero que hubiera seguido llevando en Guayaquil. La interrumpían sólo, de vez en cuando, durante la época del veraneo, los viajes que hizo a algunas naciones de Europa admirando las obras maestras de la naturaleza y del arte en Francia, España, Bélgica, Suiza, Italia, la Gran Bretaña, Alemania, Suecia y Rusia. Su economía habitual, en lo referente a gastos personales, no obedecía a un móvil mezquino. Se la aconsejaba la prudencia, porque todo el dinero que ganaba apenas si alcanzaba para atender a los compromisos que su generosidad contraía. Sus paisanos saben que no reparaba en el gasto cuando los obsequiaba con una comida en alguna de las afamadas fondas de París o con un paseo en los alrededores de la espléndida capital.

La exquisita sensibilidad de su alma le hacía, más que a otro cualquiera, condolerse de las desgracias que ocurrían en torno suyo... «Clemente ha sido siempre muy llorón», oí decir a uno de sus parientes, después de un entierro en cuyo duelo presidía aquél y durante el cual, mientras desfilaban los amigos estrechándole la mano, no pudo disimular su aflicción.

Efectivamente, siempre lo ví profundamente afectado, los ojos nublados por las lágrimas, ante el cadáver de un deudo querido o un buen amigo. Mi gratitud hacia él creció el día que, yendo con-

migo en el carro fúnebre que, desde la estación de Lyon hasta la iglesia de Saint Pierre de Chaillot, conducía los venerados despojos de mi inmejorable padre fallecido en Cannes, vi en su semblante reflejada la honda pena y correr luego las lágrimas por sus mejillas al decirle yo: «Ahora me corresponde hacer por mis hermanas lo que hizo usted por las suyas. Procuraré imitar su ejemplo».

Si en trances crueles, las lágrimas sinceras de una mujer conmueven a quien no tiene por corazón una piedra, las que vierte un hombre de las condiciones morales de D. Clemente Ballén, lejos de ser ridículas, causan más profunda impresión y dan mayor relieve a la belleza de su alma.

No ha faltado quien, apreciando las grandes cualidades que poseía y deseando verlo brillar en alta posición independiente, censurase que se resignara a ser toda su vida, aunque en puesto principal, un empleado de la casa de banco de D. Augusto Dreyfus, cuyos negocios comentaron a veces la opinión pública y la prensa de ambos continentes. No estoy bien enterado de lo que fueron esos negocios que originaron pleitos ruidosos, con el Gobierno del Perú los más, pero no ignoro que en ellos entendieron, como abogados del Sr. Dreyfus, nada menos que un Julio Grévy hasta su elevación a la Presidencia de la República Francesa y un Waldeck Rousseau que fué Presidente del Consejo de Ministros. Tampoco ignoro que la justicia falló a favor de aquel acaudalado banquero, a pesar de los esfuerzos del Perú en lucha tenaz de largos años. El Sr. Ballén, en el escritorio del Sr. Dreyfus, realizó labor activa e inteligente que sólo un ser de su organización cerebral, de su temperamento físico, de sus diversas aptitudes enérgicas y pacientes, pudo asumir hasta que, agotadas las fuerzas, perdiera la salud y al fin la vida, y ésta antes de que sonara la hora del triunfo definitivo de aquellas reclamaciones presentadas al Gobierno del Perú.

Fácil es criticar y censurar. La dificultad consiste en que la crítica resulte atinada y la censura justa. ¡Cuántos se erigen en Catones tan sólo porque no se les presentó la oportunidad de hacer aquello que desaprueban! El extranjero, especialmente el que viene de la América del Sur, que aspira a vivir en París de su profesión o su trabajo, tropieza con obstáculos casi insuperables y, si

por fin logra su propósito, necesita desplegar, con tino y paciencia, mayores esfuerzos para conservar el sitio prominente o el destino codiciado por tantos rivales y, mostrándose superior a los que intrigan por desalojarle, llegar a ser el hombre indispensable en quien se tiene absoluta confianza y cuyas gestiones merecen continua aprobación. D. Clemente Ballén, por su mérito y talento, se impuso como un colaborador necesario en aquella casa de banco de la que fué la más firme columna durante cerca de veinte años.

Donde brilla el verdadero mérito, ronda la envidia, se yergue la injusticia y sopla su aliento emponzoñado la calumnia. Sólo el que nada o poco vale carece de enemigos. Al Sr. Ballén cupo la suerte, porque valia mucho, de tener envidiosos. Tan alta era su personalidad moral que nadie se atrevió a calumniarle. Fué víctima de injustos procedimientos, aún en su propia familia, y de todo y todos triunfaban su longanimidad y filosofía. Su pecho no daba asilo al rencor ni a la venganza.

El cablegrama en que, agradeciéndola, se negaba a aceptar la candidatura a la Presidencia de la República del Ecuador que en 1891 le ofrecían sus amigos con probalidades de éxito feliz porque, nacida en el seno del partido liberal, bien acogida por la opinión pública, se decía que el elemento oficial también la apoyaría, ese cablegrama motivó la irritación de varios de sus partidarios que le impugnaron su tibio patriotismo. Tuve la oportunidad en el Club de la Unión de Guayaquil de convencer a algunos de su error e injusticia. Invocaba el Sr. Ballén, para rehusar el supremo honor que sus conciudadanos se empeñaban en dispensarle, el mal estado de su salud. La excusa no podía ser más legítima y tan lo era que, dos años después, él ya no existía. Opino, sin embargo, que por los compromisos contraídos en París, y aun más por su ninguna inclinación a la vida política, el Sr. Ballén, nada ambicioso, se habría negado siempre a postular la primera magistratura del Ecuador para la cual sobran en toda ocasión los candidatos y que demasiada sangre costó en diferentes elecciones. De consentir en perder su independencia y tranquilidad para cosechar, como todo redentor, amargos desengaños y serios perjuicios, no cabe duda de que el país lo viera, jefe inteligente, integro e ilustrado, esforzándose por ci-

mentar la paz, el mejor bien de las naciones que, juiciosas, con ella se engrandecen, y por dar alas al progreso.

Esclavo de su palabra, el Sr. Ballén no se desligó nunca voluntariamente del compromiso contraído. Oí contar que, en su juventud, por fútil motivo, recibió un cartel en que lo desafiaba uno de sus compatriotas de la clase media. Era la época en que, esforzándose por cumplir la sagrada promesa de ser el protector de su familia, se hallaba engolfado en los negocios. Aceptar un desafío que pudiera serle fatal fuera exponerse a dejar en situación precaria a los idolatrados seres de quienes era el único amparo y sostén. Aceptó el reto sin embargo, pero con la condición de aplazarlo hasta dejar saneada su situación económica y asegurado el porvenir de los suyos. Cumplido el plazo, presentáronse sus padrinos a declarar al adversario su firme voluntad de batirse, mas éste, calmados ya sus nervios, rindiendo justicia a la lealtad del procedimiento, manifestó que, rectificada su apreciación del hecho que lo impulsó al desafío, no se batiría. ¿Podrá negarse que la conducta observada por el Sr. Ballén en aquel lance de honor fué cual debía inspirarla la dignidad sensata al par que la piedad filial?

La delicadeza del Sr. Ballén en cualquier circunstancia, especialmente en asuntos de dinero, manifestábase extremada. Citaré un ejemplo. En una ocasión en que el Sr. Dreyfus adquirió un paquete de acciones de una Sociedad de formación reciente y las distribuyó entre sus colaboradores y empleados, D. Clemente Ballén, al que fueron ofrecidas antes que a los demás para que se quedara con cuantas quisiera, sólo aceptó tres o cuatro y no tardaron dichas acciones en cotizarse a un precio tan crecido que los poseedores de ellas realizaron pingüe utilidad al venderlas.

El sueldo que ganaba en aquel Banco llegó a ser de cien mil francos, suma que no parecerá exagerada al que esté enterado de las obligaciones y responsabilidades que asumió y de la labor diaria que se impuso allí donde los negocios se cifraban por millones. En los últimos años de su vida el sueldo le fué rebajado progresivamente, invocándose como motivo que las operaciones bancarias se habían reducido y que, en su mayor parte, los pleitos estaban ganados; en realidad, porque el mal estado de su salud le impedía

prestar sus buenos servicios con la diaria asiduidad de antes. En el año en que acaeció su muerte sólo se le abonaban mil francos mensuales. Dió una nueva prueba de su delicadeza al aceptar como lógico ese procedimiento, confiado en que se le cumpliría la promesa de una justa compensación después de sentenciado favorablemente el último pleito con el Gobierno del Perú. Cuando éste se falló en Suiza, ya no existía el Sr. Ballén...

Durante diez y ocho años, desde 1875 hasta el 18 de Julio de 1893, día de su fallecimiento, el Sr. Ballén desempeñó las funciones de Cónsul General del Ecuador en Francia. En ese cargo prestó importantes servicios al país y a sus compatriotas. ¿Qué ecuatoriano, domiciliado en París o transeunte, no conoció la elegante pieza del Boulevard Haussmam primero, de la Avenida de la Opera después, donde tuvo sucesivamente su oficina el Sr. Dreyfus, en la que se encontraba, mañana y tarde, al Sr. Ballén sentado a su mesa de trabajo, junto a la cual veíase la cómoda butaca que parecía aguardar al paisano, al amigo al que jamás obligaba voluntariamente a hacer antesala y a quien tendía la mano cariñoso, aun en las horas en que se le iba a interrumpir el asunto que estaba estudiando o despachando? Cualquier ecuatoriano sabía, antes que abandonara el suelo patrio, la buena fama, el prestigio de que gozaba en París, en todos los círculos sociales, el Sr. Ballén, de cuya amabilidad hacían lenguas los que regresaban al terruño.

Entre las cualidades que lo distinguieron como funcionario público brillaron el don de zanjar cualquier dificultad que se le presentaba a un compatriota y la puntualidad. Nadie pudo quejarse jamás, mientras estuvo él al frente de la oficina consular, de que el Cónsul General del Ecuador se olvidara de acudir a una cita o lo mortificara con largo retraso. La puntualidad es el primer deber de los reyes, dice un adagio, y, en realidad, para cualquier persona medianamente educada no hay gran mérito en cumplir con tan elemental deber de cortesía. En la práctica ¡qué pocos se preocupan de observarlo! No fué de éstos el Sr. Ballén y, por ese motivo entre otros muchos, mereció, con el aprecio y la gratitud unánimes, ser citado como un modelo de funcionarios.

El Consulado General en París, con igual trabajo que hoy y sin

tener bajo sus órdenes a un canciller pagado por el Gobierno, lo desempeñó el Sr. Ballén durante muchos años *ad honorem*. A pesar de esto, se negó siempre a cobrar a los compatriotas los derechos que, por autorizar instrumentos públicos, eran entonces de libre disposición del Cónsul no rentado, instrumentos que, dadas sus ocupaciones durante el día, se veía precisado muchas veces a extender por la noche en el registro oficial y a sacar de él las consiguientes copias. Sólo, cuando disminuías sus entradas, sintió debilitadas sus fuerzas por la enfermedad que le minaba se resolvió, con sobrada razón a exigir la justa remuneración de sus servicios y obtuvo que se le asignara un sueldo que fué de seis mil francos anuales al principio y de doce mil finalmente. El Cónsul General en París gana hoy el doble, le asiste un canciller y se le abona una cantidad fija para el arriendo del local y gastos de escritorio, pero no puede imitar el desprendimiento del Sr. Ballén porque los derechos ingresan en la caja del Estado.

En el Consulado General, el Sr. Ballén fué el sucesor del negociante francés, Sr. Fourquet, en cuya mortuoria figuraba el Gobierno del Ecuador como deudor de más de cien mil francos. Uniendo sus esfuerzos a los del entonces Ministro Plenipotenciario, Sr. D. Antonio Flores, eminente ciudadano, futuro Presidente de la República y uno de los mejores y más ilustrados gobernantes cuya muerte reciente lamentan la patria, sus compatriotas y amigos, consiguió ser autorizado a rescatar esa deuda que afectaba la dignidad nacional.

En 1890 recibió los plenos poderes para ratificar con Bélgica un tratado general de amistad, comercio y navegación y otro igual con España. Para esta última ratificación se le enviaron credenciales de Ministro Plenipotenciario, porque estaba además encargado de solicitar que se dignase S. M. el Rey de España de ser el árbitro en nuestra demanda contra el Perú referente a límites. No pudo trasladarse entonces a Madrid y no llegó a presentarlas. Las gestiones se hicieron por conducto de la Embajada de España en Francia.

Brillante actuación, fecunda labor la que aplaudimos todos en su desempeño activo e inteligente del cargo de Comisario General.

del Ecuador en la Exposición Universal de París en 1889. Logró allí el Sr. Ballén, con escasos recursos y débiles elementos, hacer figurar dignamente a nuestra patria en aquel certamen internacional levantando el curioso templo incaico donde se exhibieron los productos del suelo ecuatoriano y buen número de artículos manufacturados, obras de mano muy admiradas y colecciones de objetos indios. De los 46 expositores, 38 obtuvieron 71 premios, merced a sus diligentes esfuerzos. Con legítimo orgullo dijo entonces en su informe: «Esa es la más fuerte proporción que sepamos, porque el término medio general de la Exposición ha sido de 53 por 100».

Algunos suponen, allende el mar, que las recompensas en las Exposiciones europeas se obtienen con sólo pedir las, que basta alargar la mano para recibir las, porque *llueven*, como en 1900 se escribió en un periódico. No se figuran que hay que librar batallas reñidas para arrancar las más, una por una, a los miembros de los jurados severos, importunados, rendidos de fatiga y a veces presos de mal humor. Productos del suelo, como el cacao, o de la industria, como los finos sombreros de paja de Jipijapa, no necesitan de esfuerzos de elocuencia ni de astucia para triunfar y ser premiados; mas, para aquello que viene a competir con objetos de análoga fabricación, si el Comisario General no se mueve sin descanso, no lucha con tenacidad, no se resigna a soportar sarcasmos y desaires en silencio hasta que, cesando el fuego de las apreciaciones desagradables, pueda replicar discretamente y hacer valer razones que se escuchen, impresionen y convenzan, y si ante el jurado superior no sabe apelar de las decisiones de los jurados de clases y defender enérgicamente a sus nacionales, éstos, dígame lo que se quiera, se quedan sin medallas y diplomas. Los que tuvieron que desempeñar tan ardua como honrosa misión saben la serie de disgustos que suele causar. El triunfo que obtuvo el Sr. Ballén con el relativo gran número de recompensas otorgadas es el más elocuente testimonio de su celo patriótico y de su habilidad. (1)

(1) Conservo el recuerdo de un hecho que acaeció en el Pabellón del Ecuador en la Exposición Universal de 1900. El jurado de la clase de máquinas fué a ver un objeto que figuraba en el catálogo con el nombre de torno, cuyas dimensiones po-

A raíz de la Exposición Universal de 1889, el Sr. Ballén fué condecorado con la Cruz de la Legión de Honor por el Gobierno francés y, desde esa época lució la cinta roja en el ojal de la levita, sin vano orgullo porque, sobre tener bien arraigadas sus convicciones republicanas, sensatamente pensaba que una condecoración no

dían ser las de la cuarta parte de una máquina corriente de escribir. Al mirarlo, los miembros de dicho jurado se echaron unos a reir y otros manifestaron disgusto porque se les pensionaba llamándolos a examinarlo. El presidente exclamó:—«Señor Comisario, esto es una ridiculez. ¿Cómo han tenido valor de enviarle semejante cosa para exhibirla? Si esto es la infancia del arte». Dejé que hablaran y se rieran a sus anchas. Cuando cesaron los epigramas manifesté que ese torno, despreciable a juicio de ellos, tenía a mis ojos un verdadero mérito y debía ser recompensado.—«¡Usted se chancea!» me interrumpió, casi enfadado el presidente. Expliqué entonces que ese objeto no venía a competir con los que se fabrican en Europa, pero que, estimando que en un certamen internacional todo lo que significa un adelanto, un progreso nacional, algo nuevo como pensamiento o ejecución, tiene su puesto señalado, debe ser examinado detenidamente y hasta premiado por muy poco que valga, le hallaba yo el gran mérito de ser el primer objeto de su clase producido en Quito por la iniciativa de un fabricante de tejidos.—«Eso ya es otra cosa», dijo sonriéndose mi interlocutor y, dirigiéndose a sus colegas, agregó: «Examinémoslo, señores». Poco después, el jurado concedía al humilde torno una mención honorable. Y no fué todo. Esa misma noche, en el banquete que dió el Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Waldeck Rousseau, la casualidad puso a mi lado a aquel jefe del jurado de la clase de máquinas y muy agradable fué mi sorpresa al oírle decirme:—«Su calurosa defensa del torno nos impresionó a tal punto que, en vez de una mención, le hemos otorgado una medalla de bronce». Y, efectivamente, con esta recompensa figura en la lista de premios.

Cosa idéntica ocurrió con el jurado de la clase de instrumentos de música, cuyos miembros sólo veían objetos ridículos en nuestras bandolas y guitarras. —«Reconozco que poco valen, tuve que replicarles. Como no fabricamos pianos de cola, (el presidente del jurado era uno de los directores de la afamada casa Pleyel, Wolff et Cie.), exhibimos lo que poseemos. Estos instrumentos, que pulsa la clase baja del pueblo ecuatoriano, tienen el mérito de ser obras de indígenas que trabajan por inspiración propia y sin conocimientos del arte». Tuve la buena suerte de que, accediendo a mi ruego, se llevaran dichos instrumentos a la sección central para examinarlos detenidamente y de que, de las cinco bandolas exhibidas, me fuesen devueltas tres, premiadas con una medalla de bronce y dos menciones honorables.

Casos como esos podría citar varios para comprobar que el número crecido de recompensas en un certamen internacional se obtiene por el esfuerzo individual perseverante de los comisarios más que con buenas amistades o intrigas.

procura el menor mérito a quien no tiene ninguno, ni puede hacer valer más al que de por sí vale. Estimaba, sin embargo que, de no usarla, faltaría a un deber de cortesía y agradecimiento hacia el país cuyo Gobierno le distinguió con un testimonio de aprecio muy codiciado en Europa. ¡Qué diferente su procedimiento, natural y lógico, del de aquellos demócratas, como no faltó ejemplo en la Exposición de 1900, que dicen pestes de las condecoraciones mientras no están al alcance de sus manos y aseguran que, si a ellos se les condecorase, guardarían la cruz, ese insignificante trebejo de la humana vanidad, en recóndito cajón! Y hay que verlos, cuando solapadamente la consiguen ¡cómo la ostentan con abultadas dimensiones! ¡cómo se despepitan y se mueven infatigables por obtener nuevas cintas o placas! ¡Inconsecuencias de la flaqueza humana!

Muy envejecido hallé al Sr. Ballén cuando, en 1891, después de dos años de ausencia, regresé del Ecuador donde, en varias excursiones por el hermoso Guayas y el no menos risueño río de Daule, viajé en el vaporcito que, movido por la gratitud, su dueño bautizó con el nombre de *Clemente Ballén*, cuyo retrato al óleo ocupaba el puesto de honor en la sala de los pasajeros de primera clase. En mi visita, que tenía por objeto especial pedirle que me honrase sirviéndome de padrino en mi matrimonio, la palidez de su semblante y su fatiga al hablar me entristecieron revelándome síntomas serios de afección cardíaca. La enfermedad no alteraba su buen humor ni su amabilidad. Concurrió a la comida de boda en la casa de mis futuros suegros y cautivó a todos con su conversación amena y discreta. Al alzar la copa de champagne dijo:

—Brindo por lo que aquí vale más.

Creí oír en sus palabras el eco de mi corazón; mas, después de un breve silencio, producida la expectación deseada, D. Clemente agregó:

—¡Por la salud de D. Miguel!

Y tenía razón. Lo más valioso allí era la salud de D. Miguel S. Seminario, del respetado jefe de la familia, salud tan precaria que aún no habían transcurrido dos meses cuando falleció, siguiéndole a la tumba pocos días después, el segundo padrino de mi no-

via, su gran y buen amigo D. Miguel Vengohechea, cuya necrología escribí en un diario de París y, antes de cumplirse dos años, el mismo D. Clemente Ballén. La muerte rondaba aquella mesa en cuyo torno parecían reinar sólo la dicha y la alegría.

El día de mi matrimonio, el Sr. Ballén tuvo una de esas ocurrencias felices que, dictadas por el cariño, le eran peculiares. En el vistoso lazo de seda que adornaba una hermosa cesta de lilas y rosas blancas, obsequio suyo, se veía, primorosamente pintado en aguada y entre flores, el retrato de la que iba a ser mi esposa con estas palabras: «¡Viva la novia!»

La enfermedad lo había confinado en su aposento de la Avenida Mac Mahon. Fui a visitarlo un día de Diciembre de 1892 y, en esa visita, me manifestó su contrariedad por las apreciaciones emitidas en algunos periódicos de Guayaquil referentes a la estatua de Olmedo recién levantada a orillas del Guayas. Encargado de hacer ejecutar ese monumento, confió la obra, como anteriormente la de Sucre, el gran mariscal de Ayacucho, que se yergue hoy en una de las plazas de Quito, al insigne escultor francés Falguière. No estimaba justas las críticas de la prensa y le dolieron porque, con el más vivo entusiasmo, como fogoso admirador del ilustre poeta ecuatoriano, del que trazó la biografía que acompaña la colección más completa de sus poesías que se haya publicado, prodigó los esfuerzos para que Falguière se sobrepujase en ese trabajo. Le suministró cuantos documentos pudo acopiar y, en su ahinco porque resultase una obra maestra, digna de la gloria de Olmedo, con la que se enorgulleciese Guayaquil, hizo traducir al francés por mi hermano Carlos algunos fragmentos del Canto a la Victoria de Junín que dieran mayor vuelo al genio del artista al reproducir, en los bajos relieves, dos pasajes del célebre poema.

Al verme aquel día, me dijo:

—Usted, que es aficionado a escribir, debería, ya que mi salud no me lo permite, rebatir las críticas de los periódicos guayaquileños.

Acepté, deferente y gustoso, su encargo y, con las indicaciones suyas, tracé el artículo que remití a Guayaquil.

Me trasladé a Londres y allí, en contestación al envío que le

hice, antes de salir de París, del número del periódico *El Tiempo* que publicó aquella defensa de la obra de Falguière, llegó a mis manos la carta siguiente, escrita, como acostumbraba hacerlo siempre, en su correspondencia particular y oficial, de su puño y clara letra, última carta que de él recibí y que guardo como una reliquia.

24 Mayo 1893.

Mi querido Víctor:

Deseo a Vds. el más agradable paseo y buen éxito en todo. Póngame a los pies de las Señoras, a quienes siento no poder ver antes.

También siento mucho no haber visto a Vd. cuando ha tenido la bondad de venir a verme. Había conservado los impresos, para hablar con Vd. cuando nos viésemos. Será más tarde. Algo se le quedó a Vd. en el tintero en su buen artículo sobre la estatua.

Creo que no deben tardar las órdenes de Guayaquil para la impresión del libro Montalvo. Nos entenderemos por escrito.

» Feliz viaje.

Suyo muy afectuosamente.

C. BALLÉN.

No pude saber qué fué lo que se me quedó en el tintero. Deseaba vivamente preguntárselo al regreso de mi excursión por el Reino Unido. Desdichadamente, no se realizó mi anhelo ni su voto expresado en la frase: «Será más tarde». Viajaba aún yo por Escocia el día que la muerte lo arrebató a sus deudos y amigos, privando al Ecuador de uno de sus mejores y más amantes hijos.

Profundo fué mi dolor al recibir en Oban, el 19 de Julio de 1893, el telegrama que, con brutal laconismo, me transmitía la noticia del infausto suceso, de la irreparable pérdida de un ser a quien profesaba cariño y respeto casi filiales. No me era posible llegar a tiempo para asistir a sus exequias. De hallarme más cerca, no hubiera vacilado en interrumpir mi viaje para cumplir ese piadoso deber. La distancia hizo más cruel mi aficción.

En la carta transcrita, que él creyó que yo recibiría antes de

mi salida de París, alude el Sr. Ballén a la impresión de un libro de Juan Montalvo. Se trataba de los «Capítulos que se le olvidaron a Cervantes», obra póstuma de aquel coloso de las letras, cuya impresión confió el Comité «Juan Montalvo» de Guayaquil a don Clemente Ballén, a mi cuñado J. Ezequiel Seminario y a mí. Falleció el Sr. Ballén antes de poder darla a la imprenta. La muerte nos privó así del colaborador más útil, sagaz y experimentado que fué uno de los entusiastas admiradores del genio de Montalvo, en cuyo entierro presidió el duelo acompañándolo varios compatriotas designados por él y cabiéndome la honra de ser uno de éstos.

Se ha escrito en periódicos ecuatorianos que el Sr. Ballén murió sin tener a su lado a ningún deudo o amigo, lo que es cierto. De aquel aislamiento se hicieron comentarios inexactos. D. Clemente, tan querido como respetado, no vió en torno suyo en su última hora a sus parientes y compatriotas porque falleció en el caluroso mes de Julio durante el cual se alejan de París todos los que pueden ir a buscar sombra en los campos, aire más respirable en las cimas de los Alpes y Pirineos o a orillas del mar y alivio a males y dolencias en balnearios y caldas. Los miembros de la familia del señor Ballén, como los de casi toda la colonia ecuatoriana, se hallaban dispersos fuera de la capital de Francia y se alejaron sin creer en la inminencia de una desgracia. Ninguno de sus deudos consiguió que lo acompañara el Sr. Ballén que tampoco se daba cuenta de la gravedad de su estado. En vísperas de su muerte, salió a pasar unos días en Marly, pueblo situado en las inmediaciones de la metrópoli, de donde, experimentando mayor dificultad al respirar, regresó una mañana a consultar a su médico y, apenas se alejaba éste, desplomóse, sin que los esfuerzos prodigados por la servidumbre lograran reanimarle. Tan noble como bondadoso corazón cesó de latir a las doce del día 18 de Julio de 1893 a los sesenta y cinco años de su existencia.

El último ecuatoriano que tuvo la suerte de ver vivo al Sr. Ballén fué el entonces Cónsul del Ecuador en Saint Nazaire, su sucesor en el Consulado de París y actualmente Ministro Plenipotenciario en Francia, Sr. D. Enrique Dorn y de Alsúa. Prevenido de que el Sr. Ballén venía a pasar ese día en París, lo visitó a las once de

la mañana, se halló presente a la consulta del médico, que le declaró al salir juntos de la casa, la gravedad del enfermo y la urgente necesidad de avisar a los deudos, y proponíase, después de cumplir un encargo del Sr. Ballén, regresar a su lado terminado su almuerzo; pero, apenas sentábase a la mesa se presentó el portero de la casa de la Avenida Mac Mahon a comunicarle la tristísima desgracia.

De haber fallecido el Sr. Ballén en otra estación que la del veraneo, la conducción de su cadáver al cementerio diera lugar a una imponente manifestación de los profundos sentimientos de aprecio, cariño, consideración y gratitud que le profesábamos amigos y compatriotas. No tuvo el acompañamiento que merecía, por los motivos expresados. La concurrencia fué, sin embargo, numerosa porque numerosas eran las simpatías de que gozaba entre franceses como entre americanos y muchos de sus amigos que, prevenidos a tiempo, pudieron efectuar el viaje, se apresuraron a regresar a París para asistir a los funerales. Los que pasamos por la pena de no poder tributarle ese último homenaje de amistad, dimos de nuestro dolor el único testimonio posible y el carro mortuorio, cubierto con espléndidas flores, atravesó las arterias de la capital en su mayor extensión, desde el majestuoso Arco del Triunfo hasta el cementerio del Père Lachaise donde se eleva la capilla que guarda los restos de ese inolvidable ecuatoriano.

En aquel célebre panteón duermen el sueño eterno muchos hijos del Ecuador. Allí, muy cerca de la tumba Millán-Ballén, yacen los seres más queridos y venerados del culto de mi corazón. En mis frecuentes visitas a ese sitio sagrado donde, a la apacible sombra de frondosos árboles, el solemne silencio permite mayor recogimiento a el alma que, doliente, se eleva en alas de la fe, mis pasos me conducen siempre al borde del sepulcro del prestigioso compatriota que me honró con su aprecio y amistad, al que quise y respeté profundamente, cuya desaparición dejó un vacío no colmado en la colonia ecuatoriana de París. En la penumbra de la capilla, adornada con plantas y flores, paréceme que veo alzarse, mientras mis labios pronuncian piadosamente su nombre, la sombra de aquel digno guayaquileño, de aquel modelo de hijos, del cual, en una deliciosa

tarde de verano, cuando yo era niño, oí decir a una venerable anciana: «Él es mi dicha, mi orgullo y mi consuelo».

Bien hizo la patria agradecida, perpetuando así la memoria de uno de sus hijos predilectos, al honrar una de las arterias principales de Guayaquil y laterales del hermoso parque Seminario, donde se yergue la estatua ecuestre de Bolívar, ostentando en ella el elocuente nombre de CLEMENTE BALLÉN.

Víctor M. Rendón.

